

nia, en tales términos han acabado con él, que no puede sobrellevar la pesadumbre de su vida, y cae como un árbol seco derribado por tierra. Pero hay quien sufre más allí, hay quien padece con padecimientos más acerbos todavía, su pobre madre. Jesus parece no querer verla, por no resultar al cabo en aquella horrible situación, con su aspecto y con su tristeza, verdugo involuntario de quien le dió la vida. Y se dirige á las mujeres y les dice viéndolas á todas afligidas y sollozando: «No lloréis por mí, hijas de Jerusalén, llorad por vosotras y por vuestros hijos.» En efecto, Cristo vió todas las consecuencias inminentes de aquel terrible minuto; vió el templo arruinado, el santuario destruído, las generaciones de la Ciudad Santa enclavadas como él en la cruz, Sión hecho un monte de cenizas, y las generaciones de Sión, que se creyeran señoras de la tierra, dispersas y maldecidas, arrastrando una cadena moral, peor cien veces que la férrea cadena de los esclavos, el eterno deshonor y la eterna ignominia, sólo por no haber comprendido las nuevas ideas encerradas en sus viejos ideales. En el cuadro que llaman las gentes Pasmó de Sicilia, en el cuadro de Rafael, no miréis los verdugos y sayones que tienen mucho de clásicos, la cara del Cirineo recordando filósofos pertenecientes á la escuela de Atenas, el romano gobernador á la derecha, á la iz-

quierda, un legionario anacrónico en traje de la Edad Media; lo que hay allí de sobrehumano es el ideal, condensado todo en la cabeza esférica de Cristo, y el dolor de su madre, con los brazos tendidos á la prenda de sus entrañas y el rostro lleno con el dolor interno é iluminado por los rojizos relampagueos de la tempestad universal. ¡Oh!, sí, el dolor de los dolores todavía no está en Cristo crucificado, está en su madre al pie de la cruz.

## XXII

El cristianismo corresponde y concuerda, como ninguna otra religión real, con la naturaleza humana. El cielo de los antiguos admitió solamente la fuerza del poder y consagró las ventajas del triunfo. Las penas, que nos traspasan el pecho y que nos entenebrecen el espíritu, estaban como proscriptas de los viejos olimpos. A lo sumo entraba en ellos ese aspecto del universo que se denomina el combate universal por la existencia. Luchaban soberbios los dioses antiguos, mas no padecían humildes. La ventaja del cristianismo sobre las demás religiones, aun visto solamente por su aspecto humano y moral, se halla en su divinización del dolor. Todos en esta baja tierra sufren, y todos encuentran en los altares de Cristo, no dire-

mos explicadas, pero sí diremos sentidas sus penas. Entre las mayores hállanse aquéllas que tocan en el acerbo común de nuestros comunes dolores á las pobres mujeres. Nosotros hemos nacido para luchar; ellas para sufrir. El combate activo quita muchas acerbidades al dolor, mientras que le añaden muchas la conformidad y la paciencia femeniles. Por eso nuestra religión ha idealizado la naturaleza humana, idealizando el dolor, tal como ha tocado en suerte á las mujeres; y para expresar esto, no ha podido tener símbolo tan bello como la Virgen Madre al pie de la cruz donde agoniza y muere su hijo. El mundo helenolatino, al revés del mundo semita, compartió la divinidad entre los dos sexos. Mientras en Jerusalén y en la Meca, en aljamas y sinagogas, truena un Jehovah, ó un Alí solitarios, en las cumbres de los montes paganos, donde se hallan las divinas sedes, vense conjuntamente sentados los dioses y las diosas. Pero éstas, ó expresan una felicidad material absoluta, como puede verse aún hoy en las serenas estatuas suyas, ó sienten, á lo sumo, femeniles rivalidades. Los sendos y pasajeros dolores de las diosas antiguas por los respectivos héroes en lucha no pueden compararse con el profundísimo dolor de mujer simbolizado en nuestra soledad tristísima ó en nuestra Madre dolorosa. El viaje de Ceres por su Proserpi-

na, coronada durante seis meses reina y diosa en las regiones infernales, para brillar luego en el éter y en el aire otros seis meses, aparte su rural simbolismo, no puede compararse con las penas de María en las cimas del Calvario, donde atraviesan su corazón todos los horrores que puede una madre sentir aquí en la vida. Para comprenderlo necesitamos tan sólo recordar el claro ministerio cedido por la naturaleza y por la Providencia de consuno á la madre. Sólo un amor como el suyo podría superar los dolores congénitos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones al sacrificio, que parecen como un suicidio lento, y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su huevo en el nido ajeno, como en la universalidad casi de ellas el sentimiento maternal fija inquietas alas é inquietos nervios en el nido, y los tiene allí como petrificados é inertes, dando el calor propio suyo á los menudos seres encerrados en la corteza del huevo y en las lanas del nido. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse, y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico, entregada por completo á la encubación, que pide y necesita la perpetuidad indispensable de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas: así que la mu-

jer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo, ha resumido y compendiado su vida entera en la cuna. Imaginaos qué le pasará en materia de dolores, cuando esa cuna se torne en sepulcro y la criatura idolatrada un yerto cadáver. El dolor de María en la cruz excede al dolor de Cristo, porque la pasión de éste se agranda, y exacerba, y recrudecen al pasar por las telas del corazón maternal.

Las madres, allá en las especies inferiores, viendo un hijo, recordarán solamente las penas congénitas á parto y crianza. Pero allí donde comienza el humano espíritu comienzan á una con él amarguras indecibles. No es ya el dolor material de un parto, ni siquiera es el cuidado prolijo de la nutrición y de la cría, es algo superior, la inquietud propia de quien debe cumplir un ministerio tan complejo como el ministerio de la educación de un alma. ¡Cuál transfusión de su sér propio en el sér por ella engendrado y parido! Una madre lo sabe todo con saber solamente que ya es madre. Ningún telescopio ve lo infinitamente grande y ningún microscopio lo infinitamente pequeño como ve una madre desde las mayores aspiraciones hasta las menores necesidades en el alma y en el cuerpo de su hijo. Por eso jamás podrá sustituirse, jamás, en la naturaleza, la primera educación maternal

con otra ninguna. Una madre sabe más medicina que todos los médicos juntos cuando se trata de su pequeñuelo. ¿Qué doctor sigue los aspectos de una enfermedad sobre la cuna como quien dentro de la cuna se recluye y encierra? ¿Cómo puede saber nadie los grados varios de calor en el cuerpecillo cual aquella que lo recoge solícita en sus brazos, y lo pega con amor á su seno, queriendo reincorporarlo nuevamente á sus entrañas y nuevamente nutrirlo con la sangre de su corazón? Pues nadie sabe de seguro en el mundo educar, hacer un alma, como lo sabe por propio instinto una madre. Como su medicina instintiva conoce las enfermedades y los remedios, su filosofía conoce los consejos, su arte las inspiraciones, su intuición profética los presentimientos, su amor los afectos, su fe los dogmas que cuadran al hijo de sus entrañas, por quien vive y muere. Hasta para enseñarle aquella nueva familia con que debe continuar y completar la recibida en su cuna, ó para elegirle aquel corazón que debe llevarse consigo el criado por ella, sirve una madre, como que su vida toda es vida entera de sus hijos, pues desea verlos en la hora última inclinados á una sobre sus ojos para cerrarle los párpados, y, en cambio, difundir en ellos el sér propio con el postrer suspiro y el alma propia con la postrera mirada. Imaginaos cuál do-

lor sentirá cuando todas estas leyes de la naturaleza lleguen á subvertirse, muriendo, como en el caso de Jesús, los hijos antes que sus madres. He ahí el dolor que representa María, siempre al pie de la cruz, el dolor de una madre destituida por la muerte de su hijo. Como no hay dolor ninguno comparable á este dolor no hay escena ninguna en la Pasión tan dolorosa como ésta. Los personajes de la escena son muchos y están agrupados en la religión y en el arte, según tradiciones inextinguibles. Pues bien, puede asegurarse que la humanidad no compadece tanto á Cristo en la cruz como á su Madre al pie de la cruz. Por ella, y sólo por ella, dijo el profeta estas sublimes palabras: «¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por los caminos, paraos y ved si hay dolor comparable á su dolor en el mundo!» Y, efectivamente, no lo hay.

Ver muertos los venidos naturalmente á sucederlos y heredarlos, extraña y hierde de tal suerte á los padres, que su corazón en pedazos mil se rompe y se huye hasta tocar en el desvarío su inteligencia. Desde los primeros dolores á los últimos cuidados que cuesta la vida de un hijo se les aparecen y asaltan como en tropel. Imaginaos cuánto el corazón de la Madre Santísima se desgarraría en el Calvario á la muerte del Unigénito con las memorias y los recuerdos de su vida. La

emoción experimentada en la inolvidable anunciación de Gabriel, resplandeciente con los reflejos y reverberaciones de los cielos; el salto de la bendita criatura en sus entrañas, oyendo los cánticos de Isabel y las palabras de Zacarías; el portal de Belén, donde se mezclaban las esquilas de los ganados con los rabeles de los pastores y los conciertos de los ángeles; el espectáculo de la estrella solitaria, que guiaba los reyes magos, y de las ofrendas que circuían la cuna; el viaje á Egipto, en que los ángeles interponían sus alas para preservarlos y las palmeras bajaban sus ramas para esconderlos; el eco de aquellas predicaciones cuya virtud resucitaba los muertos y convertía las piedras en corazones; las bodas de Caná, donde le dieron ocasión á convertir el agua en vino; la triunfal entrada en Jerusalén, los recuerdos todos estos atenacearíanle con horribles dolores las entrañas, en virtud y por obra de una comparación intuitiva con los verdugos y sayones, maltratando las carnes besadas por ella tantas veces; con los legionarios romanos que se repartían las vestiduras hiladas en sus ruecas y husos; con el estruendo de los martillos hundiendo en el madero los clavos y desgarrando sin piedad las manos y los pies que abrigó tantas veces en el maternal regazo; con los dicharachos, y los insultos, y los vejámenes, dirigidos á

quien ponían los ingratos judíos en su ceguera por bajo de las bestias, y ella sabía bien que se identifica en su naturaleza con la esencia misma del Eterno. Los horrores ofrecidos por el universo, al morir Jesús, debieron acrecentar su dolor. Los estremecimientos del suelo, tan intensos fueron, que desentrañaron los abismos interiores del planeta, y tan extensos que llegaron á Egipto, donde un solitario exclamó al sentirlos que ó bien se acababa la tierra ó bien moría Dios. En efecto, cuando el cielo se ocultaba y se oscurecía el sol; y las tinieblas por doquier dilataban su espesa oscuridad; y un color siniestro y rojizo, como de sangre ardentísima, teñía los límites del horizonte á la manera que relampagueos del infierno, para hacer más palpable la noche; y los montes se descuajaban; y las colinas se convertían en polvo como cadáveres deshechos; y los muertos levantaban las losas de sus sepulturas con los cráneos; y la tierra se abría en grietas como surcada por un terremoto, el dolor de María debió crecer, viendo cómo los seres inanimados sentían más la desgracia de su hijo que los corazones humanos y acompañaban á una con mayor caridad su amarga pena. He aquí la superioridad capitalísima del cristianismo sobre las demás religiones conocidas en la tierra, su divinización del dolor. En efecto, aquel que pusiera la gota de rocío en la rosa

y las claras fuentes en los valles, tuvo sed; el que iluminó en la celestial inmensidad el sol, tuvo frío; el que alimentara con el calor de su vida todos los seres, tuvo hambre; sufrió todas las amarguras quien había criado todos los dulzores de la tierra; devoró los odios el que había juntado las moléculas con su cohesión, y los astros con sus atracciones múltiples, y los humanos con el amor; aquel cuyo soplo animó nuestras atmósferas no encontró aire para su pecho, y autor de la libertad, llevó sobre sus hombros el patíbulo de los esclavos, y autor de la vida, murió ignominiosamente. Y todos los dolores de Jesús, toda su pasión terrible, desde las angustias del huerto hasta las angustias del Calvario, centuplicáronse con terrible multiplicación en el pecho de su madre.

Así el dolor de la mujer tiene su representación más alta en la Virgen al pie de la cruz, en la Virgen sosteniendo sobre su seno al muerto, en la Virgen adorada, ora con el nombre de la Soledad, ora con el nombre de los Dolores. Por tal modo sienten todas las madres horror á la más espantosa desgracia posible para ellas en el mundo, á la muerte de sus hijos, que no hay casa de familia cristiana donde no se halle alguna conmemoración de la Soledad y de los Dolores. El corazón ardiente de la Virgen Madre atravesado por las siete litúrgicas

espadas representa un simbolismo verdadero en los hogares católicos. Yo he visto el corazón doloroso de María en urnas á santuarios parecidas; yo he visto el corazón doloroso de María bordado en escapularios, transmitidos por unas generaciones á otras generaciones en una sucesión incalculable; y este símbolo quiere decir cómo resonarían en su pecho los golpes asestados á su hijo; cuáles dolores tendría cuando levantaba éste los ojos y la voz al cielo en aquella interrogación al Eterno dirigida preguntándole por qué lo había en tal trance abandonado; cómo se desharía en lágrimas oyendo aquel perdón generoso impetrado así para el ladrón moribundo á su diestra como para los implacables enemigos que se reían y le atormentaban; cuánta sed acerba la afectaría considerando que su hijo necesitaba en su fiebre beber algo y le proponían aquellas mixturas de hiel y vinagre; cuán horrorosa pena en la consideración de que si todo estaba consumado en la obra redentora, se debía principalmente al holocausto de su corazón, y cuán mayor pena verlo morir á él sin poder morir ella. Lo hemos asegurado ya y lo repetimos ahora: la pasión de Cristo se agranda reflejada en el océano de lágrimas que vertió María.

Si queréis comprender cuánto significa la Soledad en el arte cristiano, convertid los ojos á todos

los pintores católicos y no encontraréis escuela capital ni genio primero que no haya querido reproducir esta gran tristeza, en cuyas espesísimas sombras tanta parte de nuestros particularísimos dolores encuentran el corazón y el ánimo. La madre dolorosa vuela desde los tiempos de las catacumbas á nuestros mismos tiempos, envuelta en evaporaciones y nubes de lágrimas. Toda mujer que ha perdido un hijo renueva sus facciones y repite su faz en la vulgar vida ordinaria nuestra y en el prosaico mundo que habitamos. La rígida escuela bizantina presentarla en mosaicos rígidos y rudos, faltos de movimiento y expresión, parecidos á las momias egipcias y á las iluminaciones de antiguos misales monásticos; pero la presentará muchas veces, porque la Virgen María generó en la religión al Salvador, pero generó en la estética el arte cristiano por excelencia. Nada tan fácil como clasificar los cuadros consagrados al dolor y á la soledad virginales por los pinceles cristianos. Pero el asunto exige otro lugar y otro estudio. Aquí solamente podemos y debemos decir cómo han delineado esa figura de tristezas y penas los genios que, á manera de ángeles, en sus alas multicolores, han sostenido esos cuadros religiosos ante los cuales á un tiempo se arroba nuestra piedad y se recrea nuestra fantasía. No obstante los caracteres varios de